

HUMANITAS

ANUARIO DEL CENTRO DE ESTUDIOS HUMANÍSTICOS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYLS"
HEMEROTECA

8



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

1967

En Tres Zapotes, también hay pruebas irrefutables de ocupaciones posteriores, y de hecho el Tres Zapotes Superior es sobre todo eso, con influencias claras de Teotihuacán y presencia de elementos del clásico de Veracruz. Weiant (1943:118) encontró hachas, yugos y figurillas sonrientes. El complejo Soncautla es aún más tardío. En el resto del área se encuentran cerámicas y objetos de la época clásica tolteca, y finalmente lo que distingue la histórica ocupación azteca.

En resumen llamamos post-olmecas a todos estos períodos, sin pensar en secuencia genética sino cultural. La secuencia total será:

SECUENCIA DE CULTURAS EN EL ÁREA OLMECA

Años	Períodos		
	Según Bernal	Según Drucker, Heizer, Squier, Weiant, etc.	Según Piña Chán
	Post-Olmeca	Lirios, S. Marcos, Soncautla, Tres Zapotes Superior I (en parte) y II	
400-100 a. C.	Olmeca III	Post La Venta-Tres Zapotes Superior I (en parte)	La Venta III
800-400 a. C.	Olmeca II	La Venta, fases I-IV. Tres Zapotes Medio	La Venta II
1200-800 a. C.	Olmeca I	Pre-La Venta. Tres Zapotes Inferior.	La Venta I
hasta el año 200.			

EL HÉROE TEPOZTECO

Sicoanálisis de un mito universal

DR. GUTIERRE TIBÓN
México, D. F.

EN 1909 SIGMUNDO FREUD sugirió a Otto Rank, uno de sus discípulos, que escribiera un libro sobre "El mito del nacimiento del héroe".¹ Por vez primera un sicoanalista estudiaba la asombrosa semejanza de las versiones que de tales leyendas surgen en los pueblos más distintos y alejados. Los rasgos comunes se pueden reducir a este esquema:

El héroe es hijo de padres de alta alcurnia; a menudo su progenitor es el rey. Su concepción se verifica en circunstancias anormales y a veces milagrosas. Un sueño o un oráculo previene al padre que el nacimiento del niño encierra para él graves peligros. Por consiguiente el padre (o quien lo representa) ordena que el recién nacido sea muerto o expuesto a un peligro mortal: generalmente se le coloca en una canasta y se abandona a las olas de un río.

El niño es salvado por animales o gente humilde. Al crecer, se entera de su noble origen; al cabo de muchas extrañas aventuras, se venga de su padre. Su pueblo lo reconoce; y él logra fama y grandeza.²

Esta es la historia aproximada de Moisés y de Rómulo y Remo, y literal del Tepozteco, héroe epónimo de Tepoztlán.

Joseph Campbell, quien sicoanaliza los mitos cuarenta años después que Rank, en su ya clásico libro *El héroe de las mil caras*,³ se enterará con gusto de la leyenda arquetípica entre los pueblos civilizados de la América Media. Aquí no pueden suponerse contactos culturales; las raíces del mito es-

¹ OTTO RANK, *Der Mythos von der Geburt des Helden*, en *Schriften zur angewandten Seelenkunde*, Heft 5, Viena, 1909.

² SIGMUND FREUD, *Moses and Monotheism*, New York, 1947, pp. 7-11.

³ Primera edición en Nueva York, 1949. Edición española en México, 1959.

tán en el hombre como tal. Los difusionistas, que se basan en semejanzas entre las columnas mayas de Sayil y las de Bakong en Camboya⁴ o de ciertos trípodes de Teotihuacán con cerámicas chinas de la dinastía Han⁵ para “demostrar” las antiguas relaciones entre Mesoamérica y Asia, tienen aquí un nuevo motivo de meditación.

El más antiguo de los personajes históricos a quien atañe este mito es el fundador de Babilonia, Sargón, en el siglo XXVI antes de nuestra era. Freud reproduce el relato atribuido al propio rey, escrito en primera persona y conservado en cierta inscripción cuneiforme: “Yo soy Sargón, el poderoso rey... Mi madre fue una vestal; no conocí a mi padre... Mi madre me dio a luz secretamente; me colocó en una canasta de juncos y me bajó en el río (Éufrates). La corriente no me ahogó, sino me llevó a Akki, el agricultor. Akki, por la bondad de su corazón me sacó del agua y me crió como a su propio hijo... Mientras trabajaba como jardinero, la diosa Istar se enamoró de mí. Me volví rey y durante cuarenta y cinco años he gobernado como rey”.

La serie continúa con Moisés (siglo XIV a. C.), Rómulo (siglo VIII a. C.) y Ciro (siglo VI a. C.). También Rómulo fue hijo de vestal, sometida al voto de castidad; le crió Acca Laurencia, mujer del pastor Fáustolo. La semejanza de Akki y Acca es coincidental. Asimismo se atribuye a una loba el haber amamantado los mellizos fundadores de Roma.

Dos siglos después de Ciro, nace en la India Chandragupta, fundador de una ilustre dinastía, y le abandonan en un tiesto de loza a la puerta de un establo. Allí lo encuentra un pastor y lo cría como a su propio hijo, hasta el día en que el héroe descubre su noble origen.⁶

En el sexto siglo de nuestra era viene al mundo, de la unión incestuosa de dos nobles mellizos, el que será el Papa Gregorio Magno. La madre, arrepentida, lo echa al mar en una cajita de madera; pero lo hallan unos pobres pescadores y, naturalmente, se encargan de criarlo y educarlo. Ya adulto, llega por un raro azar al país de sus padres, y se casa con la reina. Como la Yocasta de Edipo, esta resulta ser su madre. El desdichado expía su pecado durante diecisiete años, encadenado a un farallón en medio del mar, hasta que lo liberan, lo conducen a Roma y en la ciudad santa lo eligen Papa.⁷

⁴ R. HEINE-GELDERN, *Traces of Indian and Southeast Asiatic Hindu-Buddist influences in Mesoamerica*, en *Memorias del XXXV Congreso Int. de Americanistas*, México 1962, pp. 97-54.

⁵ GORDON F. EKHOLM, *The possible Chinese origin of Teotihuacan cylindrical tripod and certain related traits*, en *Memorias del XXXV Congreso Int. de Americanistas*, México, 1962, pp. 39-45.

⁶ RANK, *Op. cit.*

⁷ *Ibid.*

Gregorio Magno tiene un lazo místico con México. Es él quien tenía en su adoratorio particular cierta imagen milagrosa de la Virgen que obsequió a San Leandro de Sevilla: imagen que debía conocerse después como Nuestra Señora de Guadalupe y cuyo nombre había de perpetuarse en el Tepeyac.⁸

Rank y Campbell enumeran muchos otros héroes místicos y legendarios cuyo nacimiento y juventud se parece total o parcialmente al arquetipo citado; Krishna, Gilgamesh, Paris, Telefo, Perseo, Anfión y Zetos, Hércules...

Del Tepozteco, héroe y dios todavía vivo en la actualidad, me ocuparé en el curso de este trabajo; antes conviene recordar un episodio de la infancia de Sor Catalina de San Juan, heroína religiosa, que la vincula con los “salvados de las aguas”.

Heroína fue Sor Catalina de San Juan por sus muchos años de penitencia, por haberse casado “con separación de lechos”, conservando su virginidad; entre su cama y la del esposo, el esclavo Domingo Juárez, la religiosa colocó una imagen de Cristo.⁹ La niña hindú que habría de convertirse en Sor Catalina de San Juan, y más tarde, confundirse con la “China Poblana”, cayó cierto día de su cuna, allá en el reino del Gran Mogol, “y gateando acertó a irse a una puerta por donde pasaba un río”. Esto se lo contó a su confesor, y él, el bachiller José del Castillo Grajeda, nos lo relata a su vez en su libro, publicado en Puebla, en 1692, cuatro años después del tránsito de Sor Catalina. “Asomada pues en aquellas orillas, se le deslizaron los pies y cayendo sin ser vista, la recibieron benignas sus corrientes, elevándola sus olas hasta los confines de la ciudad”. En un remanso del río “Dios quiso que se asiera de una rama de las que se suelen criar en riberas de tales sitios; allí pasó asida tres o cinco días, manteniéndose milagrosamente con la Divina Providencia”.

El instrumento de esa Providencia que “salva de las aguas” a la heroína en cieme es una pobre lavandera,¹⁰ hermana del campesino mesopotámico, de los pastores romano e hindú, del pescador italiano y, como veremos, del labrador tlahuica de Tepoztlán.

La leyenda del Tepozteco tiene tantos puntos de contacto con la de Moisés salvado de las aguas, que se podría suponer una influencia del relato bíblico, al cabo de casi cuatro siglos de enseñanza cristiana en Tepoztlán. Hay, sin embargo, algunos puntos que coinciden más con la leyenda de otro “salvado de las aguas”, Rómulo, y la influencia de la historia romana en Tepoz-

⁸ G. TIBÓN, *Aventuras de Gog y Magog*, México, 1946, pp. 145-147.

⁹ MANUEL TOUSSAINT, *La verdadera China Poblana, prólogo del Compendio de la vida y virtudes de la venerable Catalina de San Juan*, por José del Castillo Grajeda (1682), México, 1946.

¹⁰ DEL CASTILLO GRAJALES, pp. 35-36.

tlán es todo menos probable. Nos encontramos en presencia del héroe arquetípico intuido por Freud y estudiado por Rank y Campbell, cuyas vicisitudes en el nacimiento y durante la infancia obedecen a un mundo mítico y simbólico común a muchos pueblos. Lo notable es que la leyenda de Sargón, Moisés, Rómulo, Ciro y Gregorio Magno se reproduce en sus rasgos esenciales también en nuestra América, entre los tlahuicas del valle de Morelos.

El mérito de haber recogido la leyenda del héroe Tepoztécatl, relatada por ancianos del pueblo en su lengua original, es de Pablo González Casanova. El notable investigador la publicó en 1928, junto con la traducción castellana. Otra versión, recogida en 1942 por un excelente nahutlato de Tepoztlán, Baldomero Flores, se encuentra en la *Historia antigua del valle de Morelos*, de Florencia Müller.

El Tepozteco es hijo de un dios y de una virgen. Esta es una vestal, como la madre de Sargón y la de Rómulo: o sea, una sacerdotisa que hace voto de castidad y cuida el fuego sagrado en el templo. El padre de Sargón es desconocido; el de los mellizos fundadores de Roma es Marte, dios de la guerra; el del Tepozteco es Ehécatl, dios del aire, frecuente advocación de Quetzalcóatl.

Marte tuvo relaciones muy humanas con la vestal Rea Silvia; en tanto que Ehécatl quiso que la vestal concibiera por la intervención sobrenatural de un pajarillo. Este espíritu santo tlahuica se aparece a la sacerdotisa, que le da abrigo en su seno; luego desaparece por arte de prodigio.

Según otros informantes, la vestal quedó en estado interesante al cabo de un baño en cierto manantial. González Casanova recogió una tercera versión, todavía más significativa por su analogía con la concepción pura de Quetzalcóatl. Sabemos, gracias a fray Juan de Torquemada, que Chimalma "andando barriendo halló un chalchihuite (que es una pedruzuela verde) y que la tragó, y que de esto se empuñó"; en tanto que la madre del Tepozteco recoge en el campo un idolillo de piedra verde al que guarda en su faja; con esto queda embarazada.

Cuando la vestal dio a luz al niño se apresuró a ponerlo en una canasta y a llevarlo a la ribera del río Atonco, donde lo abandonó. El río de Atonco es sin duda algo menos caudaloso que el Éufrates, el Nilo o el Tíber, pero igualmente digno de mecer en sus aguas al hijo de un dios: fluye en un valle dominado por fantásticos peñascos que parecen moradas de nigromantes, y adornan sus orillas majestuosos sabinos.

Al día siguiente la hija del rey de Tepoztlán "descendió a lavarse al río, y paseándose sus doncellas por la ribera del río, vio ella la canasta en el carrizal, y envió una criada suya a que la tomase. Y como la abrió, vio al niño; y

he aquí que el niño lloraba". Estas son, por supuesto, las palabras bíblicas, y se ajustan igualmente a la hija del faraón y a la del tlatoani tlahuica.

Aquí nos alejamos de la Biblia. La princesa lleva al niño al palacio y el rey, "aconsejado por sacerdotes que juzgaban el acontecimiento como un presagio funesto", ordena que se arroje el niño a la selva, para que lo devoren las fieras.

En tanto que Rómulo y Remo son amamantados por la loba, el Tepozteco tiene un prodigioso protector vegetal: un maguey, que cerrando sus pencas como brazos, resguarda al niño del frío y de los animales feroces. Una penca se ha inclinado sobre su boquita; la púa es un pezón y el niño mama el aguamiel como si fuera leche. En esta forma maravillosa fue alimentado también el hermano mellizo de su padre, Xólotl.

Cuando el rey se entera del portento, manda echar al infante a un hormiguero. La princesa llega por la mañana al lugar del sacrificio, pero en lugar de encontrar al niño devorado por los voraces insectos, es testigo del nuevo milagro: ve cómo las hormigas, en interminable procesión, llevan a la boca de la criatura migajitas de fruta silvestre.

El rey ya no se opone a lo que es, visiblemente, el designio divino y adopta al Tepozteco como si fuera su propio hijo. Después de fabulosas aventuras en Xochicalco, parecidas en ciertos pormenores a las de Moisés y de Teseo, el Tepozteco se vuelve rey de Tepoztlán y gobierna sabiamente su pueblo durante muchos años.

La versión recogida por González Casanova se acerca más a la leyenda de Rómulo que a la de Moisés: el niño no es recogido por la hija del rey, sino por una pareja de gente humilde ya entrada en años, que deseaba un hijo y ya no podía tenerlo. Como la mujer hindú que salva a la futura Sor Catalina de San Juan, de Puebla, también la anciana de Tepoztlán baja al río para lavar la ropa y encuentra al infante que llora en su canasta de bejucos.

Permítaseme que añada unas reminiscencias personales. He vivido un mes, con mi madre, a orillas del río Atonco, y nos hemos impregnado de la atmósfera mágica del valle de Tepoztlán: uno de los raros puntos del planeta donde una virgen ha dado a luz un dios. Yo me he bañado en el remanso del río Atonco donde encontraron al Tepozteco. Todavía se venera en Tepoztlán a su héroe epónimo, deificado como los romanos deificaron a Rómulo.

Ignoramos cómo llegó a México la primera sirena. La trajeron los españoles, y la figuración de la mujer-pezuca sedujo a la gente de aquí, que la adop-

taron en los primeros decenios de la conquista. Desde entonces pertenece al arte popular mexicano: plasmada en barro, pintada, esculpida.

La madre de la sirena se encuentra en Grecia; todos sabemos que el héroe Ulises casi fue víctima de la terrible dulzura de su canto. La abuela de la sirena, es útil saberlo, nació en Asiria, y hasta conocemos su nombre: Derceto.

Nos ha conservado su trágica historia Diodoro de Sicilia. Derceto era una diosa tan hermosa que se atrevió a ofender a Venus, y ésta se vengó inspirándole una pasión violenta y pecaminosa por un hombre. Nace una niña, pero Venus metamorfosea los sentimientos amorosos de Derceto en la más glacial indiferencia. Derceto se arrepiente de su culpa, hace matar al hombre, abandona su hija y se arroja al agua. En lugar de morir ahogada —¡oh prodigio!— se transforma en el más extraño ser anfibio, mitad mujer, mitad pez: esto es, se convierte en sirena.

En tanto que Rómulo y el Tepozteco son hijos de un dios y una mujer, la niña abandonada por Derceto tiene por madre a una diosa y por padre a un simple mortal.

No creo que Freud, Rank y Campbell se hayan fijado en la contraparte femenina de los héroes y fundadores; lo que, desde luego, implica una interpretación psicoanalítica diferente del mito. Ya me refería a Sor Catalina de San Juan "salvada de las aguas". La hija de la diosa-sirena Semíramis, fundadora del Imperio Asirio y heroína de mil batallas; a ella se debe la reconstrucción de Babilonia, sus suntuosos palacios y jardines pensiles, maravillas del mundo; es Semíramis quien edificó el puente sobre el Eufrates y conquistó Egipto, Etiopía y Libia de un lado, Persia, Armenia y Arabia del otro, y hasta organizó una invasión de la India. Los escritores griegos atribuyen a esta reina sobrenatural las hazañas más maravillosas jamás llevadas a cabo en el Oriente.

En la leyenda de Semíramis y del Tepozteco hay analogías que aprecia tanto el sicólogo como el poeta. La hija de la sirena, abandonada en unas rocas desérticas, es salvada por las palomas torcaces, que la cobijan con sus alas y la alimentan con la leche que van a buscar en los apriscos. Las dulces aves vuelan con el buche lleno del precioso líquido, que luego vierten, gota a gota, en la boquita de la recién nacida. Las palomas ejercen el papel que la loba desempeña con Rómulo y Remo y las hormigas con el Tepozteco. Cuando Semíramis, ya crecida, necesitó un sustento más fuerte, las palomas iban a robar queso y se lo llevaban. Los misteriosos picotazos en los formajes alertaron a los pastores, que siguieron el vuelo de las palomas y así, cierto día venturoso, descubrieron a la niña.

Como en el caso de Moisés y del Tepozteco, la criatura es llevada al pa-

lacio real, y allí empieza su prodigioso destino, que la hace esposa del rey Nino y ama y señora del Imperio Asirio.

Freud recuerda que el héroe mítico es un hombre que se opone virilmente a su padre y que logra por fin dominarlo. "En la leyenda esta lucha se remonta al principio de la vida del héroe, puesto que éste nace contra la voluntad del padre y se salva pese a sus inicuos propósitos. La exposición de la canasta simboliza la matriz; el río o el mar, el agua del alumbramiento. En innumerables sueños la relación de hijos y padres está representada por el acto de arrojar a las aguas y salvar de ellas. Cuando la imaginación de un pueblo atribuye este mito a un personaje famoso, es para indicar que lo reconoce como héroe... La íntima fuente del mito es la llamada 'novela familiar' del niño en la que el hijo reacciona al cambio de sus relaciones profundas con los progenitores, máxime con su padre. Los primeros años del niño se caracterizan por una desmedida sobreestimación de su padre; reyes y reinas en los sueños y en los cuentos de hadas representan siempre a los padres. Más tarde, bajo la influencia de la rivalidad y de los desengaños, se establece una actitud crítica hacia el padre. Las dos familias del mito, la noble y la humilde, son imágenes de la familia propia como aparece al niño en períodos sucesivos de su vida. Estas explicaciones aclaran plenamente la semejanza entre las distintas versiones del mito del nacimiento del héroe y la abundancia de ellas".¹¹

Difusión, añadiré, que incluye el mundo indígena americano, ya que los arquetipos míticos emergen del mar nocturno de la siquis, común a todos los seres humanos, y su coincidencia no se debe a contactos culturales.

La semejanza del mito del Tepozteco y los de Sargón, Semíramis, Moisés, Ciro y Rómulo no se limita, desde luego, a nacimiento e infancia, sino a sus hazañas como guerreros. Ya que el Tepozteco es el hijo de un dios, las empresas que lleva a cabo en Xochicalco y en Cuernavaca son una suma de fábula y milagro.

Lo que sí distingue al Tepozteco de los demás héroes, es su sobrevivencia hasta nuestros días.

Del mismo modo en que nosotros usamos como nombres de pila los de Jesús y la Virgen, los de arcángeles y santos, también los mexicanos antiguos establecían un lazo místico entre los humanos y las potencias sobrenaturales mediante la magia sutil del nombre. Así encontramos un Quetzalcóatl entre

¹¹ SIGMUND FREUD, *Moses and Monotheism*, New York, 1947, pp. 7-11.

los principales tlaxcaltecas¹² y otro que era señor de Chalco a la llegada de Cortés.¹³ Xólotl (hermano de Quetzalcóatl) es el nombre del famoso candillo chichimeca y de un cacique de Tehuantepec;¹⁴ entre los muchos homónimos humanos de Mixcóatl, dios de las estrellas y de los números,¹⁵ se encuentran el señor de Tlatelolco,¹⁶ el tercer hijo del rey conquistador Iztcóatl¹⁷ y cierto antiguo hechicero del Valle de México.¹⁸ Hasta el nombre genérico Teotzin, 'diosito', era usado en el México prehispánico.¹⁹

No extrañe, pues, encontrar un Tepoztécatl humano entre los cinco señores que por encargo de Moctezuma pidieron a Cortés, presunto Quetzacóatl, que tomara posesión del imperio azteca.²⁰ Otro Tepoztécatl es uno de los cuatro señores de Cholula que recibieron a Cortés en Jalapa y se volvieron sus fieles amigos. Tepoztécatl, el principal de ellos, demostró su fervor cristiano entregando al Conquistador un grupo de idólatras.²¹

El culto del dios epónimo de Tepoztlán estaba tan difundido que peregrinos de Centroamérica²² venían a venerarlo. Le ofrecían sacrificios humanos en el cuadragésimo edificio del templo mayor de la Ciudad de México, consagrado a los Cuatrocientos Conejos, dioses de la embriaguez.²³ Tepoztécatl era uno de ellos, y de los principales porque fue el inventor, junto con otros tres, del arte de hacer el pulque.²⁴ Su templo principal estaba en Tepoztlán; se le llama todavía la "Casa del Tepozteco", y la noche del 7 al 8 de septiembre la gente del pueblo sigue llevando a cabo, en la pirámide vertiginosamente encaramada en lo alto del cerro, ceremonias en honor de su antiguo "rey".²⁵ El teponaxtle que se conserva en Tepoztlán desde la época prehispánica tiene grabada una imagen del Tepozteco, con el hacha de cobre²⁶

¹² MUÑOZ CAMARGO, 90.

¹³ IXTLILXÓCHITL II, 415.

¹⁴ *Residencia de Alvarado*, 97.

¹⁵ VAILLANT, 74.

¹⁶ IXTLILXÓCHITL I, 103, 137, 448.

¹⁷ *Crónica Mexicáyotl*, 193.

¹⁸ *Anales de Cuauhtlán*, 79.

¹⁹ MUÑOZ CAMARGO, 53; *Titulos principales de la Magdalena Mixihuca*, 31.

²⁰ TORQUEMADA I, 379; cf. SAHAGÚN.

²¹ FREDERICK STARR, *The Map of Cuauhtlantzinco or Codice Campbell*, The University of Chicago Press, Chicago, 1898; Seler I, 352.

²² ROBERT REDFIELD, *Tepoztlán, a Mexican Village*, Chicago, 1930, p. 28.

²³ SAHAGÚN I, p. 238.

²⁴ SAHAGÚN III, 210.

²⁵ Según el nahuatlato Cecilio A. Robelo el poema que recitan en náhuatl los danzantes durante esta fiesta (lo he oído en varias ocasiones) fue redactado durante la Colonia por algún sacerdote.

²⁶ EDUARDO NOGUERA, *Tallas prehispánicas en madera*, México, 1958.

(tepoz en náhuatl) en la mano derecha, que lo identifica también con su jeroglífico.²⁷

Tepoztécatl, inventor del pulque, es dios de la embriaguez como los demás "Cuatrocientos Conejos", y dios lunar porque el conejo, dechado de fertilidad, gobierna desde el astro nocturno la fertilidad humana (en el ciclo lunar) y la de la vegetación que alimenta al hombre. Lo de "dios del pulque" o "de la borrachera" debe interpretarse a la luz del pensamiento prehispánico; la embriaguez era ritual. El "vino" se tomaba con fin religioso, como se acostumbra en cierta ceremonia del culto cristiano. El intérprete del códice Magliabechi dice textualmente: "Cuando los indios tenían segado y cogido sus maíces se emborrachaban y bailaban invocando a este demonio o a otro de estos cuatrocientos".²⁸ Resulta claro que Tepoztécatl y los demás dioses conejos eran deidades de la fertilidad y de las cosechas.

En la leyenda conservada en Tepoztlán, el Tepozteco es un héroe comparable a los de los mitos griegos, y un taumaturgo cuyos milagros se verifican por encima de todo límite.

El pueblo de Tepoztlán fue, durante el auge de Xochicalco, tributario de la ciudad sacerdotal. En la leyenda, el señor de Xochicalco se vuelve un monstruo caníbal que se alimenta con la sangre de sus vasallos; cada año, se le debe el tributo de un varón de la nobleza tlahuica.²⁹

Cuando le toca el turno a Tepoztlán, resulta que debe sacrificarse el propio rey: así lo pide el dios Ometochtli, por boca de sus sacerdotes. Tepozteco, el hijo de la virgen y del dios del aire, decide salvar a su padre adoptivo: se presentará en lugar de él al señor Xochicácatl. Este acepta la sustitución. Sale el Tepozteco para combatir al monstruo, con cuya muerte cesaría el tributo; y —¡significativa coincidencia!— tiene una idea análoga a la de Teseo cuando sale a Creta para luchar contra el Minotauro. "Observa el horizonte en dirección de Xochicalco", le dice al rey: "Si ves que se levanta una columna de humo blanco, regocíjate, ya que habré matado al monstruo. Si es negra, habré muerto".

Pasa el héroe por Cuernavaca y Alpuyeca, recogiendo —sólo él sabe por qué— los pedernales que encuentra en el camino. Sube al cerro de Xochicalco, donde lo espera impaciente el rey Xochicácatl, completamente borracho. No hay discusión ni lucha entre el héroe y el monstruo: éste agarra al Tepozteco y se lo traga de un solo bocado. ¿Qué hará el héroe en la oscuridad del gigantesco estómago? Con los pedernales recogidos destroza las

²⁷ *Códice Magliabechi* XIII, 3, foja 49.

²⁸ *Códice Magliabechi* (Florenca, Biblioteca Nazionale), apud Seler II, 924.

²⁹ MÜLLER, 43.

entrañas del rey, que ni siquiera se da cuenta de lo que le pasa, tanto es el pulque que ha ingerido.

El Tepozteco logra por fin perforar su vientre y vuelve a la luz. ¡Xochicácatl ha muerto! El vencedor celebra su triunfo con una danza macabra sobre los despojos del monstruo. Entre tanto se eleva una columna de humo blanco en el cerro de Xochicalco; el rey de Tepoztlán la atisba desde la atalaya del palacio y exulta.

Después de vencer al monstruoso rey de Xochicalco, libertando a Tepoztlán el tributo de víctimas humanas que cada año le exigía, el héroe Tepoztécatl emprendió el viaje de regreso. Fortalecido por su triunfo en Cuernavaca, se apoderó del teponaxtle del rey tlahuica. En esta empresa le ayudó su padre Ehécatl, dios del aire, levantando un ventarrón que cegó a todos. Los de Cuernavaca se unieron a los de Xochicalco en la persecución, pero al igual que los egipcios al acosar a Moisés, fueron aniquilados. Tembló la tierra, se abrió un hondo precipicio y el Tepozteco arrojó a sus enemigos unas frascas que al instante se convirtieron en matorral espeso e intrincado. Allí quedaron aprisionados los perseguidores, y por arte de magia se transformaron en coyotes. Han pasado muchísimos años y todavía, en ciertas noches de luna, la gente del valle de Morelos los oye aullar lastimosamente.

Tepoztécatl, con su fama de sobrehumana hombría y de hacedor de milagros, no sólo sobrevive en su antiguo reino de Tepoztlán sino vive —es la palabra— en una cueva del Valle de México, transformado, necesariamente, en diablo. Así lo exigen los tiempos nuevos; pero su nombre se ha quedado intacto. Los vecinos de Metla, no lejos de Tlalmanalco, han visto más de una vez a Tepoztécatl salir de su cueva: montando un caballo (homenaje a los aludidos tiempos nuevos) o cabalgando un conejo, lo que es justo, por tratarse de un dios (o demonio) lunar y conejil.³⁰ Hasta lo han visto salir de la cueva a pie, como un simple mortal.

En los árboles del cerro de la Joya de Xixqueme, cerca de la cueva, la gente de Metla acostumbra colgar los cordones umbilicales de los varones, ofrendándolos a Tepoztécatl. El rito es “para que los niños se hagan muy hombres”,³¹ es decir, para que no tengan miedo, para que sean valientes.

Este hallazgo, cuyo valor no necesito subrayar, se debe a una de nuestras más activas investigadoras del México antiguo: Carmen Cook, arqueóloga, antropóloga, poliglota y polícribiente; digna hija del fabuloso Karl R. Cook, muerto en nuestra Capital, más que centenario, a principios de 1965. El pun-

³⁰ CARMEN COOK DE LEONARD y ERNESTO LEMOINE, *Materiales para la geografía histórica de la región Chalco Amecameca*, en *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*, 1954-1955, p. 293.

³¹ *Ibid.*

to de partida de su indagación fueron los bultitos umbilicales amarrados en los ahuehuetes del Sacro Monte de Amecameca. Carmen Cook se enteró de que también cerca de Metla se acostumbra colgar los ombligos en los árboles; y en Metla conoció a un grupo de danzantes religiosos, llamado tlahuepoches, que el 3 de mayo, día de la Cruz, celebran frente a una cruz fálica, cierta ceremonia para invocar la fertilidad de la milpa.

Fray Alonso de Molina traduce la voz “tlauele” con “señudo, iracundo y bravo”; en “poche” Carmen Cook ve una corrupción de Tepoztécatl: los tlahuepoches serían “los bravos de Tepoztécatl”; lo que correspondería a las ofrendas del ombligo de los varones “para que se hagan muy hombres”.³²

Por cierto esta motivación para uno de los usos mágicos del ombligo está difundida en todo México. En ocasiones anteriores he examinado el aspecto de la fuerza que el árbol fuerte por excelencia, el ahuehuate, sagrado en la altiplanicie como lo es la ceiba en tierra caliente, debe transmitir al niño a través de su doble umbilical. Carmen Cook, al abrir los bultitos de Sacro Monte, descubrió otro aspecto de la magia umbilical: los trocitos del cordón están envueltos en una yerba llamada “ángel”, olorosa a nuez moscada. Además, fuerte de sus descubrimientos en Metla, pudo establecer que también los ombligos colgados en los ahuehuetes de Amecameca están ofrendados a Tepoztécatl.³³

Algún folklorista, de ser posible, conocedor del náhuatl, que fuera de pueblo en pueblo, recogiendo de los ancianos leyendas, creencias y consejas, podría descubrir todavía, entre muchos otros, datos referentes al Tepozteco. Tal vez se conserven incluso en el Distrito Federal, en Oztotepec o en Milpa Alta. Lo importante es llevar a cabo esta labor sin más pérdidas de tiempo: porque la vida se moderniza en todas partes y las tradiciones se pierden irremediabilmente cada día que pasa; y con ellas se pierde mucho de lo más recio y entrañable del alma nacional.

³² *Ibid.*

³³ *Ibid.*